

EL INTERMEDIARIO

WILLIAM MORRISON

Si alguna vez había existido un tiempo en que Ollie Keith no sintiera hambre, estaba tan remoto en el pasado que no lo podía recordar. Tenía hambre ahora, mientras vagaba por el callejón, paseando sus ojos sin brillo de uno a otro montón de basura. Su hambre era canina en cada uno de los cincuenta y seis kilos que pesaba. Su carne se hallaba repartida por su alto cuerpo con tal parquedad, que parecía a punto de quedar tan gastada como lo estaba su ropa. Que eso no hubiese ocurrido en cuarenta y dos años a veces sorprendía a Ollie tanto como un milagro.

Trabajaba para un trapero, con tan mala suerte en ese empleo como la que había tenido en todos los demás que había ejercido. Ollie había consumado con exactitud la primera parte de la clásica evolución de andrajoso a millonario. Había nacido para andrajoso y, como si eso no fuera ya bastante, luego murieron sus padres y se quedó huérfano. Tendría que haber ido a una gran ciudad, encontrar un empleo en la compañía de un comerciante rico y enamorar a su preciosa hija, adquiriendo a ésta y su fortuna al propio tiempo.

Las cosas no habían salido así. Durante la orfandad en que consumió tantos años de infortunio, le habían escatimado tanto la comida como la educación. Más tarde, fue empleado por un granjero, pero, por no ser lo bastante fuerte para las faenas agrícolas, le despidieron.

Su vida había sido, desde entonces, de una infelicidad constante. Por carecer de fuerza y destreza, no había podido encontrar y conservar un buen empleo. Sin un buen empleo no podía pagar alimentos ni cuidados médicos. Y para instruirse debía adquirir fuerza y habilidad. Una vez, en busca de comida y educación, se había ofrecido al ejército, pero los médicos que lo examinaron habían vuelto rápidamente sus pulgares hacia abajo y fue rechazado con desprecio. Necesitaban material humano algo mejor.

El sólo hecho de haber sobrevivido hasta entonces constituía otro milagro. Por supuesto, como decía el cómico de la radio, sabía que ya no era de este mundo. Y para facilitar su paso a otro, se había dado a la bebida. Un intestino podrido calmaba los dolores del hambre con mayor eficacia que la mala comida. Y la bebida le proporcionaba los primeros momentos de bienestar, por falsos que fueran, que podía recordar.

En aquel momento, al buscar en los montones de basura trapos aprovechables o botellas de leche por cuya devolución pudiera cobrar el casco, sus ojos descubrieron algo inesperado. Al borde de la acera había una nuez pequeña de especie indeterminada. Con su suerte habitual, la cáscara estaría vacía, pero tal vez ahora las cosas irían mejor.

Recogió la nuez, la golpeó en vano contra el suelo y buscó a su alrededor una piedra para partirla, pero no vio ninguna. Se la metió en la boca medrosamente y trató de partirla con los dientes. Su dentadura se hallaba en tan malas condiciones como el resto de su persona, por lo que tenía mayores probabilidades de romperla antes que la nuez.

La nuez se deslizó y Ollie gorgoteó manoteando y casi se ahogó. Pasó luego por el gaznate hasta que, un segundo después, el hombre respiró otra vez con facilidad. La nuez estaba en su estómago, todavía sin partir. Y Ollie se sintió más hambriento que nunca.

El callejón fue un fracaso. Su vida había sido una progresión de andrajos a andrajos, los últimos de peor calidad que los primeros. No había botellas ni trastos viejos que valiese la pena recoger.

Al final del callejón había una barbería, y allí Ollie tuvo una gran e inesperada racha de buena suerte. Vio una botella. No era de leche, ni estaba vacía. Se hallaba sobre una pequeña mesa junto a una ventana abierta en la parte posterior de la barbería. Ollie consideró que podía apoderarse de ella con sólo alargar su escuálido brazo, sin necesidad de entrar por la ventana.

Tomó un largo trago, y luego otro. El licor le supo mejor que todo cuanto había bebido en su vida.

Cuando devolvió la botella a su sitio, estaba vacía.

Cosa bastante rara, pese a su excelente calidad, o tal vez por causa de ella —pensó Ollie—, el whisky no le produjo el efecto acostumbrado. Le dejó completamente sereno y con la vista clara, pero con más hambre que antes.

Ollie, en su desesperación, hizo algo que pocas veces había osado. Entró en un restaurante, no muy bueno, pues, de lo contrario, no se hubiera atrevido, y encargó una comida que no podía pagar.

Sabía lo que iba a suceder, por supuesto, después de haber comido. Fingir que había perdido su dinero, no engañaría ni un instante al dueño del establecimiento. Si el hombre tenía buen corazón y necesitaba ayuda, dejaría que Ollie le pagase fregando los platos. Pero si estuviese de mal humor y dispusiera de todos los lavaplatos precisos, le daría un puntapié en salva sea la parte y lo entregaría a la policía.

La sopa estaba espesa y sabrosa, aunque su sabor no complacería a ningún gastrónomo. Sin embargo, era comestible y Ollie la engulló con placer. Pero resultó inútil para colmar su hambre. El estofado contenía también toda clase de sobras, pero ninguna de ellas hizo experimentar a Ollie la menor satisfacción. Hasta el postre y el barroso café le dejaron tan vacío como antes.

El camarero había estado en la trastienda con el cocinero. Ollie le vio hacer señas al dueño y éste se apresuraba en acudir. Cerró los ojos. Se iban a arrojar sobre él. Por un momento pensó en salir por la puerta de entrada antes que se acercasen, pero allí se hallaba otro camarero vigilando a los clientes, y Ollie sabía que no lo conseguiría. Respiró hondo y esperó a que el techo se derrumbase sobre él.

Escuchó las pisadas del dueño y abrió los ojos. El dueño dijo:

—Lo que ha comido...

—No estaba mal —respondió Ollie ingenuamente.

—Celebro que le haya gustado.

Observó perlas de sudor en la frente del dueño y se preguntó el motivo.

—Lo único que... no me siento lleno. Sigo con la misma hambre de antes.

—¿No se siente lleno? ¡Cuánto lo siento! No me gustaría verle irse descontento... ¿Sabe lo que voy a hacer? No le cobraré la comida..., ni un centavo.

Ollie parpadeó. Eso no tenía sentido. No obstante, si no fuese porque algo le roía el estómago, se hubiese marchado corriendo.

—En ese caso, sírvame otra ración de estofado. Puede que esta vez me quede harto.

—El estofado se ha acabado —repuso el dueño, muy nervioso—. Pruebe el *roast beef*.

—No quisiera gastar tanto.

—Gratis, para usted gratis.

—Entonces que me traigan una ración doble. Me muero de hambre.

Ollie engulló la doble ración y continuó sintiéndose tan vacío como siempre. Pero tuvo miedo de abusar de su suerte. Después de tomar otro postre —también gratis—, se levantó de la mesa y se fue de mala gana. Estaba demasiado hambriento para seguir preguntándose por qué no le habían cobrado la comida.

En la trastienda del restaurante, el dueño se dejó caer sin fuerzas sobre una silla.

—Temí que insistiese en pagar. Nos hubiera puesto en un compromiso.

—Me figuro que se habrá ido muy contento —dijo el cocinero.

—Si ahora le pasa algo, será fuera de aquí.

—¿Y si le examinan el estómago?

—Nunca podría demandarnos. ¿Qué ha hecho con el estofado que quedaba?

—Tirarlo al cubo de la basura.

—Tápalo y escóndelo. No quiero gatos ni perros muertos por aquí. Y, la próxima vez que necesites sal, procura que no haya una etiqueta de polvos insecticidas en el paquete.

—Ha sido una distracción —replicó el cocinero filosóficamente—. A cualquiera le pasa. ¿Habremos hecho bien en dejarle ir? Quizás hubiese sido mejor llevarle a un médico.

—¿Y quién paga la minuta? No digas tonterías. En lo sucesivo, allá él. Pase lo que pase, no sabemos nada. No le hemos visto nunca.

Lo único que le pasaba a Ollie es que tenía cada vez más hambre. Nunca se había sentido tan hambriento. Le parecía como si no hubiese comido en muchos años.

Había disfrutado de dos rachas de buena suerte: la botella accesible y la generosidad inesperada del dueño del restaurante. Pero seguía tan sediento y hambriento como antes. La fortuna volvió ahora a protegerle. En el cristal del escaparate de un restaurante destacaba un extravagante anuncio: «¡ESTA

NOCHE CONCURSO DE TRAGONES EN EL RESTAURANTE MONTE'S! ¡PARA EL CAMPEONATO DEL MUNDO! ¡ADQUIERAN SUS ENTRADAS AHORA! ¡TODO GRATIS PARA QUIENES COMAN POR TRES!»

El rostro de Ollie se iluminó. En su estado, hubiese podido comer por cien. No le importó descubrir, al seguir leyendo, que los concursantes sólo recibirían huevos duros. Por una vez tendría la suerte de comer todo lo que cupiese en su bostezante estómago.

Ni los jurados ni el público parecieron considerar a Ollie como aspirante peligroso al premio. Su estatura era elevada y estaba flaco, mientras que los otros concursantes mostraban una apabullante obesidad. Como en otras tantas cosas, la divisa era poseer para aumentar. Ollie tenía demasiado poco con que empezar.

A fin de impedir que el concurso perdiese emoción, comenzaron por Ollie, creyendo que podría darse por satisfecho si llegaba a los diez huevos.

Ollie estaba tan hambriento que le fue difícil dominarse, y tragó el primer huevo tan de prisa como pudo, causando mala impresión. Un verdadero especialista habría dejado que el huevo se deslizase rápida aunque suavemente, sin hacer esfuerzo visible. En opinión de los jueces, aquella incontrolada rapidez de aficionado solamente podría conducir a un dolor de estómago.

Ollie devoró el segundo huevo, el tercero, el cuarto y el resto de los diez que le sirvieron. Uno de los jueces le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Con hambre.

—¿Le duele el estómago?

—De hambre. Como si nada hubiese en él. Los huevos no me llenan.

Algunos de los asistentes echaron a reír. Los jueces cruzaron miradas y pidieron más huevos. Comenzaron a escucharse gritos de aliento para Ollie. Nadie creía hasta entonces que tuviera alguna oportunidad.

Ollie se zampó otros veinte huevos, cuarenta, sesenta, un centenar. Los jueces y el público se hallaban en un estado de agitación sin precedentes.

Otro juez preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Con hambre aún. Decididamente no me llenan.

—Pero son huevos grandes. ¿Sabe cuánto pesan los cien? ¡Más de seis kilos!

—No me importa lo que pesan. Sigo teniendo hambre.

—¿Nos permite que le pesemos?

—Mientras sigan dándome de comer, hagan lo que gusten.

Trajeron una báscula, y Ollie subió en ella. Pesaba cincuenta y cinco kilos.

Comenzó de nuevo a engullir huevos. Cuando hubo despachado doscientos, le volvieron a pesar. Su peso había disminuido en trescientos gramos.

Los jueces se miraron entre ellos, consternados. Todos los concursantes enmudecieron por un instante, como si estuviesen viendo un milagro. Después se les pasó el temor.

Uno de los jueces manifestó con suficiencia.

—Esconde los huevos en la palma de la mano y los pasa a un compañero.

—¿Aquí? —preguntó otro juez—. ¿Dónde está su compañero? No le quepa duda que se los come. Puede ver claramente que le bajan por la garganta.

—Pero eso es imposible. Si de verdad le bajasen por la garganta, ganaría peso.

—No sé cómo lo hace —reconoció el otro—, pero lo hace.

—Este hombre es un fenómeno. Conviene que le examinen los médicos.

Ollie comió ciento cuarenta y tres huevos más, y tuvo que detenerse porque el restaurante agotó las existencias. Los demás concursantes no daban crédito a sus ojos.

Cuando llegó el médico y le explicaron el caso, su primer impulso fue el de echarse a reír. Le gustaban los chistes. Pero pusieron a Ollie en la báscula, y había perdido otros trescientos gramos. Le hicieron comer un pan de kilo y lo volvieron a pesar.

No pesó más que cincuenta y cuatro kilos.

—A este paso, se morirá de hambre —comentó el doctor, que abrió su maletín negro para examinar detenidamente a Ollie.

Éste se sentía muy desgraciado porque le impedían seguir comiendo y su hambre era mayor que nunca. Pero le prometieron alimentarle después y, a regañadientes, se sometió.

—Mala dentadura, corazón dilatado, lesión en cada pulmón, pies planos, hernia, vértebras desviadas; lo tiene todo —manifestó el médico—. ¿De dónde diablos ha salido este hombre?

Ollie, enfrascado en una ración de *roast beef*, estaba demasiado ocupado para contestar.

Alguien dijo:

—Es traperero. Le he visto por aquí.

—¿Cuándo empezó a comer de esta manera?

Ollie, con la boca llena, barbotó:

—Hoy.

—¿Hoy? ¿Qué sucedió hoy que le hace comer tanto?

—Que tengo hambre.

—Eso ya lo veo. ¿Le importaría ir a un hospital para que le examine más a fondo?

—Sí, señor —respondió Ollie—. No quiero que me pinchen.

—Nada de inyecciones —se apresuró en aclarar el doctor. Si no hubiese otro método para obtener muestras de sangre, siempre podrían drogarle con morfina, sin que él se enterase—. Nos limitaremos a examinarle. Y le daremos toda la comida que quiera.

—¿Toda la que quiera? ¡Será mucha!

El chiste era de mal gusto, pero tocaba el fondo del problema. El fotógrafo encargado del concurso había obtenido una instantánea de Ollie al tragar dos huevos. Uno bajaba por su garganta, formando un bulto en la garganta, y el otro se introducía al mismo tiempo en su boca. La fotografía llevaba el siguiente pie: «EL HOMBRE QUE BATIÓ EL RECORD DE MONTE'S». Los titulares «Se come trescientos cuarenta y tres huevos» y «Tengo hambre, dice», encabezaban la noticia.

Zolto dejó el periódico.

—Es él —dijo a su esposa—. No cabe duda que lo ha encontrado.

—Sabía que ya no estaba en el callejón —respondió Pojim. Era una mujer bien parecida, y su actitud de profunda reflexión la hacía parecer guapa y pensativa a un tiempo—. ¿Cómo podremos recuperarlo sin llamar demasiado la atención?

—Francamente, no lo sé —repuso Zolto—. Pero hemos de buscar el medio. Debió pensar que se trataba de una nuez y se lo ha tragado. Si en el hospital le examinan por rayos X, lo descubrirán.

—Le operarán para extirpárselo.

Pojim asintió con la cabeza y dijo:

—No comprendo como ha producido ese efecto. Estaba cerrado cuando lo perdimos.

—Se habrá abierto por casualidad. He observado que alguno de estos seres tienen la costumbre de partir las nueces con los dientes. Si ha mordido el conmutador...

—¿El de materia inanimada? Zolto, creo que tienes razón. El contenido del estómago se habrá transferido a nuestro universo. Pero como el estómago mismo forma parte del ser viviente, no puede pasar por el mismo conmutador. El pobre perderá peso continuamente a causa del metabolismo. Sobre todo, cuando coma.

—¿Pobre, le llamas? Eres demasiado bondadosa, Pojim. ¿Qué va a ser de nosotros si no lo recuperamos? —Se encogió de hombros y se echó a reír.

Pojim dijo:

—Domínate, Zolto. Cuando ríes no pareces un ser humano, desde luego que no.

—¿Qué importa eso ahora? Estamos solos.

—Nos pueden oír por casualidad...

—No cambies de tema. ¿Qué podemos hacer?

—Lo pensaremos —respondió Pojim.

Pero Zolto podía ver que su mujer estaba preocupada.

Ollie fue instalado en una cama del hospital. Una enfermera pretendió bañarlo, ante su violenta oposición a tal indignidad, y, finalmente, habían mandado a un practicante a hacerse cargo por fin de ese trabajo. Bañado, afeitado y vestido con una corta camisa de dormir que le hacía avergonzarse, estaba echado en la cama, mientras se moría lentamente de hambre.

En torno a él había una docena de platos vacíos, restos de variadas especialidades del hospital, llenas de vitaminas y otras cosas apetecibles. Su sabor fue excelente al meterlo entre pecho y espalda, pero su apetito permanecía incólume.

No quedaba otra cosa más que meditar sobre las expresiones de inquietud y confusión que mostraban los rostros de los médicos al examinarle.

El ataque se presentó sin previo aviso. Ollie seguía sufriendo los dolores del hambre, cuando alguien le pinchó el estómago. El susto le hizo estremecerse y mirar a su alrededor. Pero no había nadie junto a él. Los médicos le habían dejado solo para consultar sus libros de texto y discutir entre sí.

Sintió otro pinchazo, y luego otro, y otro. Gritó de dolor y de miedo.

Al cabo de cinco minutos entró una enfermera.

—¿Llamaba usted?

—¡El estómago! —gimió Ollie—. ¡Alguien me da golpes en el estómago!

—Es un dolor corriente y vulgar —dijo la enfermera con una sonrisa jovial—. Esto debiera enseñarle a no devorar la comida como un lobo.

La enfermera se fijó entonces en el estómago del paciente, descubierto porque en un espasmo Ollie había bajado la sábana y tragó saliva. Estaba hinchado como una sandía, una sandía llena de grandes verrugas y bultos.

La enfermera salió corriendo.

—¡Doctor Manson! ¡Doctor Manson!

Regresó con dos médicos, pero Ollie sufría tan agudos dolores que ni siquiera reparó en ellos. Uno de los doctores soltó una exclamación y comenzó a dar pequeños golpes en el abultado estómago.

Su colega preguntó:

—¿Cuándo se presentó?

—Me figuro que hace poco —contestó la enfermera—. Hace unos minutos tenía el estómago completamente normal.

—Lo mejor será colocarle una inyección de morfina para calmar el dolor —dijo el primer médico— y luego le examinaremos por rayos X.

Ollie se hallaba en estado semicomatoso cuando lo levantaron y, en una camilla, fue conducido al gabinete de rayos X. No escuchó una palabra de la discusión que siguió, acerca de las radiografías, aunque los especialistas hablaban sin preocuparse de su presencia.

—¿Qué diablos será esto? —preguntó el doctor Manson.

—Parecen piñas y naranjas —respondió el desconcertado radiólogo.

—¿Piñas cuadradas? ¿Naranjas con un extremo puntiagudo?

—No he dicho que lo sean —replicó el otro, excusándose—, sino que lo parecen. Las naranjas podrían ser berenjenas.

—¡Qué berenjenas ni qué narices! ¿Cómo ha podido entrar todo esto en su estómago? Ha comido como un cerdo, pero ni un cerdo podría tragar esas cosas.

—Despiértelo y pregúnteselo.

—No sabe más que nosotros —terció la enfermera—. Dijo que sentía como si le dieran golpes en el estómago. Eso es todo lo que dirá ahora.

—¡Tiene el estómago más raro que he visto en mi vida! —exclamó el maravillado doctor Manson—. Convendría abrirle y echar una mirada por el interior.

—Necesitaremos su consentimiento —dijo el especialista, muy nervioso—. Será muy interesante, pero sin autorización no podemos intervenirle.

—Pero es por su bien. Le extraeremos esa macedonia de frutas. —El doctor Manson volvió a mirar las placas—. Piñas, naranjas, un plátano. Diversas cosas redondas y algo que parece una nuez. Una nuez pequeña.

De estar consciente, Ollie hubiera podido contar al doctor Manson que la nuez era la clave del trastorno. Pero tal como se hallaba, lo único que pudo hacer fue quejarse.

—Ya vuelve en sí —dijo la enfermera.

—Bueno —repuso el doctor Manson—. Usted, enfermera, cuando le vea en condiciones, hágale firmar el formulario.

Afuera, en el pasillo, dos internos con bata blanca se detuvieron junto a la puerta del cuarto de Ollie y escucharon. No podría asegurarse que fuesen verdaderamente un hombre y una mujer, pero el caso es que uno era varón y el otro hembra. Para un observador superficial, se trataba de seres humanos, justo lo que ellos pretendían.

—Como te decía —declaró Zolto—, quieren operarle, y la nuez ya les ha llamado la atención.

—Si es necesario, podemos impedirlo por la fuerza. Pero no me gustaría emplear la violencia.

—Lo sé, cariño —respondió Zolto, pensativo—. Lo que ha sucedido está bastante claro. Los nuestros han recibido su comida y la han analizado. Una vez hecho esto, sorprendidos por no encontrar un mensaje nuestro, habrán creído que necesitábamos alimento propio y nos lo han enviado. Menos mal que no enviaron mucha cantidad de una vez.

—El pobre hombre debe estar sufriendo mucho.

—No te preocupes por él. Piensa en nuestra situación.

—¿No lo comprendes, Zolto? Sus jugos digestivos no pueden disolver unos constituyentes químicos tan poco comunes para él, y su estómago debe estar muy irritado.

Pojim se interrumpió al pasar por su lado una enfermera, que los miró con indiferencia. Poco después pasó el radiólogo, cuyo semblante reflejaba el asombro que le causaba el resultado del examen de la placa que traía en la mano.

—El doctor Manson se ha quedado solo con él —dijo Zolto—. Se me ocurre una idea, Pojim. ¿Has traído las tabletas pandigestivas?

—Sí. En este mundo nunca sé si voy a comer algo que mi estómago no pueda digerir.

—Haces bien. —Zolto se apartó de la puerta, carraspeó y se puso a gritar:

—¡Llaman al doctor Manson! ¡Le llaman del quirófano!

—Has visto demasiadas de sus películas —comentó Pojim.

Sin embargo, la treta de Zolto produjo el resultado apetecido. Oyeron refunfuñar. Vieron al doctor correr refunfuñando por el pasillo. Se cruzó con ellos sin verlos.

—Ya es nuestro —musitó Zolto—. ¡Pronto, las tabletas!

Entraron en el cuarto. Zolto pasó varias veces un pequeño inhalador por debajo de la nariz de Ollie. Éste meneó la cabeza molesto, y abrió los ojos.

—Tómese esto —dijo Pojim con una sonrisa persuasiva—. Sentirá menos dolor.

Y colocó dos tabletas en la boca del sorprendido Ollie.

Ollie tragó automáticamente, y las tabletas bajaron con rapidez para aumentar la colección que poseía en el estómago. Pojim le dedicó otra sonrisa, y salió apresuradamente del cuarto con Zolto.

A Ollie le pareció todo cada vez más extraño. Apenas se habían ido aquellos dos médicos, que no conocía, entró de nuevo el doctor Manson, maldiciendo de una forma que hubiese escandalizado a Hipócrates, al imbécil que le había hecho ir al quirófano. Luego entró la enfermera con un papel. Ollie comprendió que querían que firmase algo.

Sacudió con energía la cabeza.

—¡No firmaré!

—Es una cuestión de vida o muerte. De su vida y de su muerte. Hemos de sacarle eso que tiene en el estómago.

—No, señor; no quiero que me abran.

El doctor Manson rechinó los dientes con rabia.

—Ahora no siente dolor gracias a la morfina que le he dado. Pero cuando cesen sus efectos, dentro de unos minutos, volverá a sentirlo, y tendrá que permitir la operación.

—¡No quiero que me abran! —repitió tercamente Ollie.

Casi saltó de la cama. Ante los asombrados ojos del médico y de la enfermera, en su dilatado estómago apareció un nuevo y extraño bulto.

—¡Auxilio! —aulló Ollie.

—Eso es precisamente lo que queremos prestarle —respondió el doctor Manson, furioso—. Pero usted nos lo impide. Firme este papel, buen hombre, y déjese de tonterías.

Ollie gimió y firmó. Un instante después lo conducían al quirófano.

Los efectos de la morfina iban cesando rápidamente, cuando Ollie fue dispuesto sobre la mesa de operaciones gimiendo aún. Una luz brillante caía del techo sobre él. Junto a su cabeza, un practicante disponía la anestesia. A un lado, el satisfecho doctor Manson se calzaba los guantes de goma en sus antisépticas manos, mientras aguardaban enfermeras y ayudantes.

Dos internos custodiaban la puerta del quirófano. Uno de ellos, Zolto, susurró:

—Tal vez tengamos que emplear la fuerza después de todo. Conviene que no lo encuentren.

—Debí darle otra tableta —repuso con pesar el otro interno, Pojim—. ¡Quién iba a pensar que el efecto sería tan lento!

Callaron. Zolto metió una mano en el bolsillo para asir su arma, la que pensó no tendría necesidad de utilizar.

El doctor Manson efectuó una señal afirmativa con la cabeza y ordenó:

—¡Anestesia!

Al inclinarse el practicante al descubierto estómago de Ollie, indefenso en espera del bisturí, éste pareció levantarse y hervir. El paciente chilló, mientras los médicos reunidos miraban, con deslumbrada fascinación, como desaparecían los bultos. Todo el estómago empezó a contraerse. Las tabletas pandigestivas habían actuado al fin.

Ollie se incorporó. Olvidó que tenía puesta la corta y desvergonzada camisa de dormir. También olvidó que la sala estaba llena de espectadores. Apartó con la mano al practicante, que intentaba detenerle.

—Me siento muy bien —afirmó.

—¡Échese! —ordenó con severidad el doctor Manson—. Vamos a operarle.

—No quiero que me operen —replicó Ollie, incorporándose—. No estoy enfermo. Me encuentro perfectamente. Por primera vez en mi vida no tengo hambre, y no quiero más molestias. Me voy.

Cruzó la sala abriéndose paso entre las protestas de los médicos.

—Por aquí —dijo uno de los internos junto a la puerta, a quien Ollie miró con recelo, sin dejar de caminar—. ¿No se acuerda? Soy quien le dio las tabletas que le quitaron el dolor.

—Han actuado a las mil maravillas —respondió alegremente Ollie, y permitió que le guiasen.

Escuchó un clamor a su espalda, pero no hizo caso. Por mucho que hablasen, él se iba. Un escándalo era inminente, pero en el momento oportuno, el sistema de llamadas personales comenzó a funcionar gracias a la previsión de sus extraños amigos, que habían conectado al micrófono un dispositivo portátil especial. El aparato comenzó a llamar al doctor Manson, al doctor Kolanyi, al doctor Pumber y a todos los demás.

Ollie escapó en la confusión y por primera vez en su vida, apareció como pasajero de un taxi. Le acompañaban los dos amables internos, que ya no vestían de blanco.

—Si volviesen a aparecer bultos en su estómago, tómese un par de estas tabletas —dijo la mujer.

Se mostró tan persuasiva, que Ollie apenas puso resistencia. Las tabletas descendieron hacia su estómago. El goce del paseo en automóvil le hizo olvidar que no había preguntado hacia dónde lo llevaban. Pero entonces sentía ya demasiado sueño para hacerlo.

Con las dos primeras tabletas había ingerido el equivalente de una comida pantagruélica. La sangre corría alegremente por sus venas y experimentaba una grata sensación de bienestar.

Mientras el taxi seguía su camino, cerró los ojos.

—¿Transmitiste el mensaje en una de las tabletas? —preguntó Zolto en su lengua nativa.

—He explicado todo lo sucedido —respondió su esposa—. No mandaré más comida hasta nuevas instrucciones.

—Está bien. Debemos extraerle el aparato tan pronto como sea posible. Si practicamos la operación ahora, nunca lo sabrá.

—Pero seguiremos teniendo un problema —consideró Pojim—. Cuando hayamos recuperado el aparato, constituirá un grave estorbo para nosotros. Tendremos que guardarlo con cuidado y temiendo perderlo constantemente. ¿No sería mejor dejarlo dentro de él?

—Pojim, cariño, ¿has perdido el juicio?

—No. Es más fácil custodiar a un hombre que a un objeto muy pequeño. Eché un vistazo a una de las radiografías, ¿sabes? El conmutador se ha adherido a su estómago y permanecerá allí indefinidamente. Si podemos establecer una conexión con el estómago, todo lo que se nos envíe de Aldebarán podría ser proyectado a nuestro laboratorio y devolverlo una vez lo hayamos analizado.

—¿Pero se trata de un hombre que se mueve, no de un depósito!

—Si le tratamos bien, permanecerá donde queramos. ¿No lo comprendes, Zolto? Es un ser que siempre ha carecido de alimentos. Le proporcionaremos comida que ningún hombre de su especie ha soñado jamás, complementadas con fluido pandigestivo. Al mismo tiempo, le haremos trabajar un poco para tenerle ocupado. Este trabajo podría consistir en estudiar y cultivar su inteligencia. Y por la noche recibiremos lo que sea preciso desde nuestro universo.

—¿Y cuando tengamos lo suficiente para abastecer a la colonia de Aldebarán II?

—Entonces tendremos ocasiones de sobra para extraerle el conmutador.

Zolto se rió. Fue una risa curiosamente impropia de un ser humano y, de no estar tan pendiente de la circulación, el chofer habría vuelto la cabeza para mirar. Pojim advirtió el peligro y le llamó la atención.

Zolto dejó de reír.

—Tienes ideas luminosas, querida esposa. No veo razón para que esto no salga bien. Intentémoslo.

Ollie comenzó una nueva vida. Nunca se había sentido mejor en toda su mísera existencia. Los dos internos se transformaron mágicamente en una gentil pareja que deseaba contratarle para hacer un trabajo fácil y bien remunerado. Ollie se dejó contratar.

Ahora podía elegir el menú, pero lo raro fue que ya no experimentaba el apetito de antes. Era como si fuese alimentado por una fuente oculta y comía, casi por cubrir las apariencias. Consumía muy poco, pero con sorprendente provecho.

Ganó peso, se endurecieron sus músculos, le cayeron los dientes y le salieron otros. El mismo estaba asombrado de este último fenómeno, pero tras el incidente del hospital, se guardaba la sorpresa sólo para

sí. Habían desaparecido las manchas de sus pulmones, alcanzó los setenta y seis kilos de peso. Sus ojos tenían brillo y veía con claridad. Por la noche dormía el sueño del justo... o del drogado.

Al principio fue feliz. Sin embargo, después de algunos meses, experimentó una sensación de hastío. Habló con la pareja y les comunicó:

—Sintiéndolo mucho, no puedo quedarme por más tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Pojim.

—Porque aquí no tengo porvenir, señora —respondió casi disculpándose—. He estudiado y se me han ocurrido ideas acerca de lo que puedo hacer. Muchas ideas.

Pojim y Zolto, que habían sembrado esas ideas, asintieron con solemnidad.

Pojim dijo:

—Nos alegramos de saberlo, Ollie. El caso es que habíamos resuelto mudarnos a... a un clima más cálido, un poco lejos de aquí. Me preocupa cómo se las arreglará sin nosotros.

—No se preocupen por mí. Me defenderé.

—Espléndido. ¿No podría quedarse hasta mañana? Quisiéramos hacerle un obsequio para que guardase un buen recuerdo de nosotros.

—Esperaré con mucho gusto, señora.

Ollie tuvo aquella noche una extraña pesadilla. Soñó que volvía a estar sobre la mesa de operaciones, y que los médicos y las enfermeras le rodeaban otra vez. Abrió la boca para gritar, mas de ella no salió sonido alguno. Y luego aparecieron los dos internos con su bata blanca.

La mujer dijo:

—Está bien. Está muy bien. Vamos a extraerle el conmutador. Mañana no recordará nada.

Y, en efecto, no se acordaba. Sólo la vaga impresión que *había* sucedido algo.

Se estrecharon la mano. Le dieron una carta con excelentes referencias, por si decidía buscar otro empleo. Y la señora le entregó un sobre que contenía varios billetes, cuya cantidad casi logró que sus ojos se salieran de las órbitas.

Echó a andar calle abajo como si el mundo fuese suyo o tuviera que serlo. Ya no andaba cabizbajo. Sus ojos ya no tenían legañas ni su aspecto era el de un vagabundo.

Había desaparecido de su memoria todo recuerdo de su triste pasado.

Y entonces fue cuando Ollie experimentó una extraña sensación. Al principio resultó tan extraña que no comprendió la causa. Su estómago pareció doblarse, formando un nudo. Sintió un dolor agudo y pegó un claro respingo.

Tardó varios minutos en descubrir la causa.

Por primera vez en muchos meses, tenía hambre.

FIN

Libros Tauro